

MARCHENA, JOSÉ (1768-1821)

*ELEGÍAS*

I

A Lícoris

II

A Amarilis

III

La ausencia

IV

Traducción de Tibulo 1

V

Traducción de Tibulo 2

I

*A Lícoris*

Del airado Mavorte la crueza  
¡oh! no cantes, mi lira, ni la insana  
sed de sangre, el furor y la fiereza.

Mas di de Venus, reina soberana  
de Pafos, el poder; di los amores  
y de las Gracias la belleza humana.

Canta del dios vendado los loores,  
de Cupido certero las doradas  
flechas, su blanda risa, y sus favores.

Deja, Cupido santo, las preciadas  
aras de Chipre, y en tu fuego ardiente  
enciende mis entrañas frías y heladas.

¡Oh mil veces fatal ruego, imprudente  
súplica, por mi mal bien acogida!

¡Oh condición de Amor cruda, inclemente!

Baja de Olimpo el pérfido, y fingida  
piedad muestra en su rostro y apostura  
dulce el falso, y sonrisa fementida.

«Del Betis a la orilla una hermosura  
(amarla es tu destino eternamente)  
te ofrezco; parte, corre a tu ventura».

Dijo y voló; yo loco en continente  
el Manzanares dejo, y desalado  
al Betis corro con anhelo ardiente.

Ya no hay más libertad ¡ay! ya aherrojado  
Lícoris en durísimas prisiones  
me tiene, al duro remo ¡ay! amarrado.

Yo triste los pesados eslabones  
arrastro, mientras que tormenta horrible  
levantan en mi pecho las pasiones.

Amor en fuego ardiente, inextinguible,  
me abrasa sin cesar; jamás la hoguera  
aparta, que esquivar me es imposible;

que el crüel me persigue por doquiera,  
cual cierva a quien fatal punta acerada  
el costado rompió con llaga fiera;

que el monte, el llano corre la cuitada,  
el doliente bramido al cielo alzando,  
del rabioso dolor siempre aquejada.

Así mi cruda pena va aumentando  
la aguda flecha con que Amor me ha herido,  
siempre el enfermo pecho lastimando;

la imagen de Licoris, el bruñido  
cabello de azabache, la alta frente,  
el sonrosado labio, el cuello erguido,

y el hablar, y el reír suavemente  
Amor grabó con punta de diamante  
en el mezquino corazón doliente.

Mora Licoris en mi pecho amante,  
Licoris mora en él; vos amadores,  
de Gnido desertad la ara humeante.

Ved cuál la abandonaron los amores  
y a Lícoris festivos rodeando  
de guirnaldas la ciñen de mil flores.

El sangriento Cupido está aguzando  
la inevitable flecha, y falsa risa  
va por sus labios pérfidos vagando.

¿Quién de mi dulce bien vio la sonrisa,  
y cantar pudo la ambición, la guerra  
que los tronos trastorna, rompe y pisa?

Obra de un dios maligno es nuestra tierra;  
el duelo la pasea de continuo,  
que todo bien lejos de sí destierra.

Y cuando el placer muestra su divino  
rostro, nosotros necios le esquivamos,  
¡oh del error efeto el más indino!

Que la flor de la vida así pasamos;  
la vejez nos señala el tenebroso  
ataúd, que en vano tristes evitamos.

Gusta, Lícoris mía, el delicioso  
néctar de amor, agora que te es dado  
del tiempo del placer nuestro envidioso,  
y nunca sin desdicha despreciado.

## II

### *A Amarilis*

Soledad deliciosa, bosque umbrío  
¡ay, cómo en tu retiro busco en vano  
alivio al inmortal quebranto mío!

Me hirió de Amor la poderosa mano,  
de Amor la flecha aguda envenenada  
que contra mí lanzara el inhumano.

¡Oh mil veces feliz edad dorada  
en que fue la ternura y la firmeza  
del constante amador siempre premiada!

Agora al rendimiento, a la fineza  
se retribuye indiferencia fría,  
al obsequio humillado cruel dureza.

¿Qué mal dios en su cólera daría  
el siempre infame honor a los mortales,  
que tanto de natura los desvía?

Él el pudor nos trajo, él sus fatales  
leyes a Amor impuso, y él los bienes  
más dulces transformó en acerbos males.

De mi dulce enemiga los desdenes  
el acaso los causa, y hace en llanto  
mis ojos dos raudales ¡ay! perenes.

Sigue, Amarilis, de Cupido santo  
las leyes, del amor sigue el sendero  
exento de pesar y de quebranto.

Honor, de la natura comunero,  
ejercite en el vulgo su tirana  
dominación y su poder severo.

Tú escucha del Amor la soberana  
voz, que al deleite agora te convida;  
que esta la edad en su verdor lozana.

Huye la primavera de la vida  
cual un ligero soplo, un breve instante,  
y nunca torna si una vez es ida.

Vendrá ¡ay! la vejez corva, y el amante  
que agora sólo espira tus amores,  
y que esquivas más dura que diamante,

Lejos huirá de ti; de adoradores  
la turba que te cerca de contino,  
cual brillo suele de caducas flores

tal desaparecerá; que del destino  
esta es la ley severa, inexorable;

éste de la hermosura el hado indino.

Tal la purpúrea rosa, que al amable  
Céfiro abrió su seno, el soplo airado  
del vendaval deshoja, y despreciable  
yace y marchita en el florido prado.

### III

#### *La ausencia*

De la eterna manida del lamento  
pálidos habitantes, malhadados  
reinos a do jamás cupo el contento,

no; jamás vuestros dioses enojados  
tormentos inventaron que igualasen  
la ausencia a que me fuerzan ¡ay! los hados.

No plugo al crudo cielo que bañasen  
de Adur las ondas mis cenizas hiertas  
y plácidos mis manes reposasen.

Yace aquí un amador, yacen sus muertas  
esperanzas, el túmulo diría,  
su fe constante, y sus finezas ciertas.

Tal vez sobre mi tumba lloraría  
ceñido de ciprés un fiel amante  
de su ingrata señora la falsía.

Mi sombra en torno del sepulcro errante  
sus lloros enjugara, y su quebranto  
compadeciera, y su penar constante.

Bella Minerva Aglae, de tu llanto  
una lágrima acaso regaría  
los huesos de quien vivo te amó tanto.

¡Oh, cuál de tu dolor ufana iría  
mi alma a morar en los Elisios prados,  
y mi ventura alegre cantaría!

Jamás del dulce Orfeo los acordados  
tonos con mis canciones se igualaran;

y fueran otra vez embelesados

del Tártaro los monstruos, y cesaran  
las ondas del Leteo su corriente,  
y las tremendas Furias se aplacaran.

Mas ¡ay! de ti, mi dulce bien, ausente,  
ronca suena mi lira, y triste lloro  
vierten mis ojos hechos larga fuente.

Estos mis cantos son: Minerva adoro;  
¿dó estás, Minerva Aglae? ¿no me entiendes?  
Sólo se escucha el murmurar sonoro

del Sena, y mis sollozos; ¿y no atiendes,  
ingrata, a mi dolor? ¿Y yo ando en vano?  
¿Y tú mi fuego más y más enciendes?

En esto que de ti me hallo lejano,  
Eco responde solo a mis querellas;  
yo en llanto amargo me deshago insano.

¿Por qué la Fama, di, pregonas bellas  
de este Sena las Ninfas tan preciadas?  
¿Junto a Minerva Aglae qué son ellas?

De su hermosura así son eclipsadas,  
como del alma Venus la belleza  
sus émulas confunde despechadas.

El duro Amor ceñido de cruera  
la sigue a todas partes; con halagos  
el falso va escondiendo su fiereza.

¡Guarte, mortales tristes! ¡Qué de estragos!  
¡Cuántos de letal flecha son heridos!  
¡Qué días les prepara Amor aciagos!

Llévate ¡oh deidad cruda! tus mentidos  
favores, y tus glorias lisonjeras,  
y tórname mis bienes ¡ay! perdidos;  
¡Ay! tórname mi alma y paz primeras.

*Traducción de Tibulo*

Los frutos y los campos consagremos;  
únanse vuestras voces a la mía,  
y el rito antiguo alegres celebremos.

¡Oh Baco! ¡Oh santo dios de la alegría!  
De pámpanos la frente coronada  
ven; y tú, madre Ceres, tú le guía.

Repose el labrador y la cansada  
tierra en el día solemne, y cuelgue ociosa  
la dura reja a la labor usada.

Libres los bueyes sean de la penosa  
coyunda, y sueltos pasten, coronados  
de adelfa entrambos cuernos y de rosa.

Todos nuestros afanes sean sagrados;  
matronas y doncellas en tal día  
descansen de la rueca y los hilados.

¡Lejos del ara los que la ambrosía  
en la pasada noche habéis gustado  
y el néctar de la diosa de Idalía!

Pureza y castidad han agradado  
siempre a los dioses; puro sea el vestido;  
cada uno en lustral agua sea lavado.

Ved cuál al sacrificio conducido  
el cándido escuadrón lleva al cordero,  
y de lauro el cabello va ceñido.

Deidades tutelares del Hespero  
suelo, a vos la labranza, y labradores  
consagro; proteged ¡oh! mi lindero.

Fértil cosecha las frondosas flores  
¡oh! no anuncien en vano; la inocente  
oveja huya del lobo los furores.

Y el colono feliz, tranquilamente,  
viendo sus trojes llenas, descuidado  
y alegre al grande fuego se caliente.

De rústicos en torno rodeado  
los verá en juego levantar contentos  
chocillas con el mimbre más delgado.

Mas los dioses escuchan mis acentos;  
ved, ved cuál de la víctima el dichoso  
aspecto los anuncia al voto atentos.

Del padre Baco el néctar delicioso  
traed, y en torno brindemos y bebamos,  
ni entre un brindis y otro haya reposo.

Beodos el día festivo celebramos:  
¡Oh Baco! honren la fiesta tus furores  
santos, y ni caídos nos rindamos.

Mas cantemos del vino en los ardores  
el nombre augusto de Mesala ausente,  
de yedra coronados y de flores.

¡Oh vencedor de la aquitana gente,  
noble Mesala! Tú que honras triunfante  
a tu abuelo y remoto descendiente;

tú propicio me inspira, mientras cante  
de los agrestes dioses los loores  
al compás de la cítara sonante.

Los campos canto, y sus habitantes  
celestes, que a trocar nos enseñaron  
la bellota en manjares mil mejores.

De palma los primeros levantaron  
al labrador la rústica cabaña,  
y de agostada hierba la techaron.

Al formidable toro con la maña  
astuta sujetaron al arado,  
y al bosque confinaron la alimaña.

Entonces la manzana se ha ingertado,  
y el seco huerto del humor sediento  
en el amigo riego se ha empapado.

También el viñador pisó contento  
en el ancho lagar la uva dorada,



cantando a Baco en armonioso acento.

El rico don de Ceres, la tostada  
espiga de los campos la cogemos  
cuando lanza el León llama abrasada.

Al campo la sabrosa miel debemos,  
cuando a la abeja Hiblea sus panales  
de agrestes flores fabricar la vemos.

Del rústico trabajo los mortales  
fatigados cantaron dulcemente  
cantilenas en versos desiguales;

y de la flauta al son plácidamente  
celebraron en himnos las deidades  
celestes y su brazo omnipotente.

Guió el grosero coro en las edades  
de oro, de mosto el labrador teñido,  
cantando de Lyeo las bondades.

El cabrito de Baco aborrecido  
le dio el pastor en don, que entonces fuera  
por el cabrón el hato conducido.

Ornó de agreste flor la cabellera  
del lar antiguo el zagalejo ufano,  
cuando colora el Mayo la pradera.

Pace la oveja el abundoso llano;  
cubre el lomo el vellón, que de contino  
de la doncella emplea la tierna mano.

La femenil labor del campo vino,  
de do el huso, la rueca y el hilado,  
al menos fuerte sexo útil destino.

Alguna que el trabajo ha fatigado  
de ti canta, Minerva, las loores;  
suena la lanzadera en tanto al lado.

En los amenos campos, entre flores,  
entre el galán novillo y el ligero  
potro nació también el dios de amores.

Aquí se ejercitó también el fiero  
en lanzar el harpón ¡ay! diestramente,  
tan penetrable agora, y tan certero.

Y no el ganado, la doncella siente  
la cruda herida, y doma el inhumano  
la condición del joven más valiente.

El oro desperdicia el mozo insano  
por él; de su ingratisima aterido  
ronda las puertas el cascado anciano;

y la doncella hermosa sin rüido  
las plantas mueve, y frustra la cuidosa  
madre que vela con atento oído.

Palpando por la estancia tenebrosa  
camina a do la atiende el fiel amante,  
y descansa en sus brazos amorosa.

Infeliz el que flecha penetrante  
hirió de Amor, y bienaventurado  
el que le vio este dios de buen talante.

Ven también a la fiesta, dios vendado;  
mas lejos de nosotros ten tu ardiente  
saeta; ¡ay! ten lejos el harpón dorado.

Cantad al dios de amor: abiertamente  
le invoque cada uno a la majada,  
y a su pecho le llame ocultamente,

o a voces el que quiera: ¿ya enredada  
no veis la tropa en fuegos amorosos,  
y la danza lasciva ya empezada?

Jugad, que los caballos tenebrosos  
unce la noche; el escuadrón lucido  
de astros ya la siguen silenciosos.

Y en pos viene el Morfeo adormecido,  
que las alas batiendo tardamente  
espira sueño, y deja en él sumido  
el hombre y la alimaña juntamente.